Otras procedencias

Andrew Lynch

Introducción

No debe extrañar que la gran mayoría de las investigaciones sociolingüísticas referentes a grupos hispanohablantes de los Estados Unidos hayan sido dedicadas a mexicanos y a méxico-americanos, ya que estos constituyen la mayoría de la población hispana a nivel nacional. La escasez de estudios referentes a otros grupos se debe a lo recientes que son las inmigraciones procedentes de zonas más allá de México y del Caribe. Como los salvadoreños, guatemaltecos, hondureños, nicaragüenses, colombianos, ecuatorianos y peruanos no comienzan a llegar a este país en grandes números hasta la década de 1980, es solo en los últimos años que, aparte del plano léxico, comenzamos a vislumbrar los rasgos diferenciales del habla de una 'segunda generación' de estas variedades del español en territorio estadounidense.

En este capítulo resumo las pocas indagaciones que se han realizado sobre los grupos más numerosos procedentes de Centroamérica y Suramérica, y hago algunas observaciones personales respecto a la convivencia de diversos grupos hispanohablantes en la ciudad de Miami, donde la inmigración desde países centroamericanos y sudamericanos ha aumentado drásticamente en años recientes.

Salvadoreños

Con respecto a la convivencia en Houston entre mexicanos y salvadoreños, Hernández (2002: 100) observa que —traduzco— 'aunque existe una situación de intenso contacto entre las dos comunidades, las actitudes de los mexicanos hacia el lenguaje de los salvadoreños tienden a ser negativas'. Apunta que al imitar el habla salvadoreña, los mexicanos aspiran la /s/ y usan *vos* en lugar de *tú*. Es obvio, pues, que entre estos dos grupos el uso de dichas variantes es altamente consciente a nivel social.

Aaron y Hernández (2007) llegan precisamente a esta conclusión al examinar la reducción de la /s/ final en entrevistas grabadas con 12 salvadoreños radicados en Houston, realizadas por un hablante mexicano. Aunque los resultados del estudio reflejaron un alto grado de acomodación a la norma mexicana (por ejemplo, de no aspirar o elidir la /s/), proceso correlacionado significativamente con la edad de llegada de los salvadoreños a esta urbe, la intensidad de los contactos que indicaron tener los participantes del estudio con mexicanos no se mostró como variable significativa, lo cual llevó a los autores a concluir que 'la acomodación dialectal en Houston no depende de patrones de contacto individual, sino que es impulsada por las presiones sociales en un sentido general, sin importar las interacciones personales' (p. 340).

Hernández (2002) también constata procesos de acomodación dialectal entre salvadoreños en Houston en cuanto al voseo y al uso de *andar* en construcciones transitivas, como en los siguientes ejemplos (p. 104):

> Allí llegan todos. Tenías que *andar* vehículo pa' llevártelos.
> No, sí, puedes *andar* arma.
> Ya va a hacer ahora en mayo tres años que me entregaron una virgen y la *ando* de peregrina.

Hernández explica que en este tipo de contexto se prefiere el verbo *traer* en variedades mexicanas, por ejemplo (p. 103):

> No, yo no *traigo* feria tampoco, le digo. Me dice que: sí, *traes*. ¿Sabes qué güey? No *traigo*, le dije. No *traigo* y no estés fregando.

Los resultados del análisis eran muy ilustrativos del proceso de acomodación de parte de los hablantes salvadoreños en cuanto a estas dos variantes. Después de cuantificar la ocurrencia de estas en entrevistas realizadas por el mismo hablante mexicano con 12 salvadoreños que habían vivido más de cinco años en Houston, un inmigrante recién llegado que llevaba solo dos semanas viviendo en esta ciudad y dos individuos radicados en El Salvador, el investigador dividió a los 12 de Houston según su edad de llegada a los Estados Unidos: los que habían inmigrado siendo mayores de 21 años (Grupo 1), los que tenían entre 14 y 20 años al inmigrar (Grupo 2) y los que habían llegado durante la niñez con menos de 11 años (Grupo 3).

El cuadro 1 refleja que entre los salvadoreños que inmigraron a Houston durante la niñez el uso de *tú* era absoluto, y existía una fuerte preferencia por el uso de *traer* en el tipo de construcciones ejemplificadas arriba.

cuadro 1 Frecuencias de uso de *tuteo/voseo* y *traer/andar* entre hablantes salvadoreños radicados en Houston (Texas)

	El Salvador	Grupos 1 y 2 (hablantes que inmigraron a Houston siendo mayores de 14 años)	Grupo 3 (hablantes que inmigraron a Houston siendo menores de 11 años)
tuteo	12% (19/161)	94,5% (240/254)	100% (38/38)
voseo	88% (142/161)	5,5% (14/254)	0%
traer u otro verbo	18% (2/11)	70% (21/30)	69% (11/16)
andar	82% (9/11)	30% (9/30)	31% (5/16)

Fuente: Datos adaptados de Hernández (2002: 104).

Así y todo, Hernández concluye que las actitudes negativas que tienden a tener los mexicanos hacia el dialecto salvadoreño parecen reforzar la inseguridad lingüística entre los propios salvadoreños en Houston, fenómeno que se manifiesta en la variante más 'consciente': el voseo. En cuanto a la total eliminación de *vos* entre los hablantes del Grupo 3, Schreffler (1994: 107) argumentó que —traduzco— 'el deseo de muchos salvadoreños de integrarse entre la población mexicana los anima a adquirir formas de hablar mexicanas. A este fin, se ven obligados a eliminar el rasgo lingüístico que más fácilmente los identifica como salvadoreños'.

Guatemaltecos

Aunque una gran parte de los inmigrantes guatemaltecos tienen poco conocimiento del español al llegar a los Estados Unidos, lo adquieren una vez establecidos en este país, trabajando al lado de mexicanos e inmigrantes procedentes de muchos otros países de habla hispana. Lipski (2000) señala que, en el esfuerzo de hacerse pasar por mexicanos americanos para no ser descubiertos por el Servicio de Inmigración, muchos guatemaltecos indocumentados evitan el uso de particularidades distintivas del habla guatemalteca (por ejemplo, el uso de *vos*) e intentan reproducir el habla mexicana.

Faltan estudios sobre tales procesos de asimilación dialectal entre guatemaltecos y mexicanos, así como investigaciones que destaquen la influencia del inglés en las variedades lingüísticas habladas por inmigrantes guatemaltecos y su integración sociolingüística en

la sociedad anglohablante mayoritaria. En este sentido es excepcional el estudio de Harper (1996), que explora el impacto de la experiencia inmigratoria en la comunicación de los conceptos culturales de respeto y confianza entre mujeres guatemaltecas en una zona rural de Guatemala y en el contexto urbano de Los Ángeles, California.

Colombianos

Orozco (2004: 58) identifica cuatro factores que condicionan la nivelación dialectal entre hispanohablantes de origen colombiano en Nueva York: la convivencia de hablantes oriundos de todas partes de ese país, el fuerte influjo de variedades del español caribeño —incluyendo las de las costas—, la influencia mutua de las variedades del español de Nueva York y las de Colombia a raíz de visitas entre las dos orillas y la influencia del inglés, tanto directa como indirecta, en el español de la urbe estadounidense.

En cuanto al uso del inglés entre colombianos en Nueva York, Orozco (2007: 315) afirma que la mayoría de los jóvenes colombo-americanos hablan inglés sin mucho acento y que son dominantes en esta lengua. Explica que los únicos que siguen siendo monolingües en español después de más de diez años en los Estados Unidos son los que inmigran a una edad mayor, los que tienen poco contacto con personas anglohablantes y los que no se desenvuelven en ámbitos laborales.

En un artículo referente al fenómeno de nivelación léxica entre colombianos, puertorriqueños, cubanos y dominicanos radicados en la ciudad de Nueva York, Zentella (1990: 1.102) comentó que la retención de los vocablos y rasgos más característicos del dialecto 'conservador', más afín al modelo de las hablas castellanas del norte de España, parecía fomentar el prestigio social de la variedad colombiana en esta urbe. Es más, Zentella afirmó que el prestigio del dialecto colombiano —y del cubano también en este mismo contexto— se ve favorecido por factores raciales y socioeconómicos: 'Puesto que la raza, la educación formal y la clase social están estrechamente vinculadas en las comunidades hispanas de Nueva York, por ejemplo, cubanos y colombianos de clase media también son los que tienden a tener más altos niveles de educación formal y una tez más clara, las variedades de español que ellos hablan son menos estigmatizadas que las que hablan los más pobres y oscuros inmigrantes caribeños' (p. 1.102).

Asimismo, entre los colombianos de Miami, donde predominan los grupos cubanos, Hurtado (2002) destacó el fenómeno de la estigmatización de las variantes caribeñas. Hurtado afirmó que, a la vez que existe una influencia interdialectal, 'también es factible un fenómeno de resistencia a la asimilación a una norma, en este caso posiblemente la cubana... Dicha resistencia puede estar fundada en los estereotipos lingüísticos conocidos en Hispanoamérica: la idea generalizada de que las habladas en la zona circuncaribe son variedades de menor prestigio' (2002: 167).

Hurtado (2002: 160) también observa que, para los colombo-americanos, 'el hecho de hablar una variedad específica del español (una forma en la que algunas veces se detecta la falta de dominio de la lengua) los impulsa a utilizar el inglés para evitar fallas en la comunicación o malentendidos'. Zentella (1990: 1.101) constata la misma tendencia en interacciones de grupos mixtos en Nueva York, y sugiere que la difusión de anglicismos en las hablas hispanas de esta urbe se puede atribuir tal vez al intento de evitar malentendidos y manifestar un lenguaje menos marcado en el terreno étnico y nacional.

Un ejemplo de tal tipo de malentendidos entre colombianos y caribeños es el siguiente, contado por una colombiana que llevaba diez años viviendo en Nueva York:

> En la huelga de los trenes me dice, 'Vamos a coger la wawa'. Y yo, yo la seguía pero yo no sabía. ¿La wawa? No, porque para no'tros es un animal. Y entonces yo le 'ij', 'Pero mi-

> ra que allí viene el bus que me... que pasa por mi casa'. Y dijo, 'Sí, sí, en ese nos vamos'. '¿Pero no 'ijiste que ibas a coger la wawa?'. Y entonces ya ella me explicó (Zentella, 1990: 1.099).

En el plano morfosintáctico se da otra suerte de factores. El trabajo de Orozco (2004, 2007) enfoca el uso del presente simple *(voy)* y las formas del futuro sintético *(iré)* y perifrástico *(voy a ir)* para expresar futuridad en el habla de los colombianos de Nueva York y de Barranquilla, a fin de desvelar, desde una perspectiva comparativa, el posible impacto del contacto con el inglés y con otras variedades del español entre estos primeros. Los resultados, basados en un análisis cuantitativo de grabaciones de entrevistas sociolingüísticas, reflejaron un uso preferencial del futuro perifrástico en hablantes de ambas ciudades, pero esta forma se dio con mayor frecuencia, a expensas de las otras dos, en la comunidad neoyorquina. A saber, en Nueva York el futuro sintético se manifestó en el 7% de los contextos posibles y el presente simple en el 30%, mientras que en Barranquilla las formas sintéticas alcanzaron el 18% y las del presente se dieron en el 36% de los casos (Orozco, 2007: 317). No obstante, el análisis estadístico de los factores lingüísticos que condicionaban la elección de formas en contextos del futuro (por ejemplo, tipo y extensión de la cláusula, persona y número del sujeto, número de sílabas en la forma sintética del verbo, transitividad del verbo, presencia de algún marcador adverbial, etc.) reveló que los grupos de factores que ejercían una influencia significativa en el habla de la comunidad neoyorquina eran los mismos que operaban en el habla de los barranquilleros.

Así y todo, Orozco concluyó que entre los colombianos de Nueva York —traduzco— 'el efecto normativo [del futuro sintético] se ve atenuado y manifiesta un subyacente cambio en marcha que favorece el futuro perifrástico. Dicho cambio es propulsado por los efectos del contacto lingüístico, incluyendo la influencia que ejerce el bilingüismo en inglés' (2007: 325). El autor enfatiza que 'como resultado del contacto directo con el inglés y con otros dialectos del español, en Nueva York se ha acelerado un cambio que se originó en el español de Colombia antes del inicio de la situación de contacto lingüístico' (p. 325).

Entre colombianos radicados en Miami, Hurtado (2001 y 2005) indagó sobre el efecto de factores discursivos, sintácticos y generacionales en la expresión del pronombre de sujeto, un aspecto sintáctico-semántico de la lengua que se considera propicio a la influencia del inglés, ya que en esta lengua es casi obligatorio el sujeto explícito pero en español es mucho más usual el sujeto nulo. El estudio se basó en entrevistas y conversaciones grabadas con 46 individuos de origen colombiano divididos en dos grupos: aquellos que habían nacido en Colombia y que habían llegado a los Estados Unidos después de los 11 años de edad (33 entrevistados), y aquellos que habían nacido en este país o que habían llegado a él con menos de 11 años (13 entrevistados). El análisis de Hurtado (2005: 337) reveló muy poca diferencia entre estos dos grupos. En el caso del primero el porcentaje de pronombres explícitos era del 54% y en el segundo grupo alcanzaba el 51%. Los resultados de un análisis de VARBRUL —test estadístico empleado en muchos estudios variacionistas— tampoco revelaron diferencias significativas entre los dos grupos, hecho que Hurtado atribuye a la inmigración relativamente reciente de los colombianos.

Es decir, no se dan indicios de la posible influencia del inglés en este aspecto del español de los colombo-americanos porque la segunda generación todavía sigue muy expuesta al habla de la primera generación, constituida por sus padres.

Por otro lado, Otheguy y Zentella (2007) sí constatan un alza en la frecuencia de pronombres de sujeto explícitos en el habla de los colombianos nacidos y criados en la ciudad de Nueva York. Es el resultado alcanzado del análisis de un conjunto de datos, que comprendían 63.500 verbos enunciados en un contexto de entrevista por 142 hablantes con raíces en seis países distintos: por un lado Colombia, Ecuador y México (agrupados como dialec-

to 'continental'), y por otro lado Puerto Rico, Cuba y la República Dominicana (agrupados como dialecto 'caribeño').

Al comparar estos datos con hablantes continentales recién llegados a Nueva York y los que habían nacido en esa ciudad, se encontró una diferencia significativa en cuanto al uso del pronombre de sujeto explícito: un 24% entre los primeros y un 32% entre estos últimos (p. 288). Los autores concluyeron que 'obra de forma activa, entre los hispanoamericanos de Nueva York, una clara influencia del inglés sobre la frecuencia de uso del pronombre explícito en español, influencia que... es ya detectable entre los criados en la ciudad con raíces en la zona caribeña, y palpable en los nacidos en Nueva York, tanto de procedencia caribeña como continental' (Otheguy y Zentella, 2007: 290).

En cuanto al grado de conocimiento y uso del español entre aquellos hispanohablantes nacidos en Nueva York o criados en esta ciudad, Otheguy y Zentella notan que aunque encontraron muchos que ya usaban poco el español, también hallaron 'muchos otros para los cuales el español e[ra] la lengua de uso diario y de dominio extenso' (p. 275).

La diversidad panhispánica: el caso de Miami

Desde sus raíces como sede del exilio cubano durante las décadas de 1960 y 1970 y baluarte de la política anticastrista, la población hispanoparlante de Miami se ha vuelto sumamente diversa en años recientes. Los datos de la encuesta más reciente de la Oficina del Censo (2006) referentes a los orígenes de la población hispana residente en el condado de Miami-Dade reflejan este hecho. Como se puede ver en la tabla 3 de dicho censo 2006, aunque los cubanos siguen siendo el grupo más numeroso, apenas constituyen una mayoría (52%) de la población hispana en su totalidad. Ahora comparten el espacio urbano con grandes grupos de colombianos, nicaragüenses, puertorriqueños y dominicanos, todos los cuales echan raíces en el sur de la Florida principalmente durante la década de 1980. Los hondureños, venezolanos, peruanos y argentinos representan inmigraciones más recientes, provocadas por las crisis políticas y económicas que se vive en los respectivos países de origen en los últimos años. Gran parte de los mexicanos y guatemaltecos habitan las zonas más rurales del condado, donde desempeñan trabajos en el sector agrícola.

cuadro 2 **Grupos hispanos de más de 20.000 personas en el condado de Miami-Dade (Florida) en 2006**

Grupos	Número	Porcentaje correspondiente al origen de la población hispana en el condado
Población total del condado	2.402.208	
Población hispana total en el condado	1.471.709	
Cubanos	767.349	52,1%
Colombianos	102.118	6,9%
Nicaragüenses	100.258	6,8%
Puertorriqueños	88.579	6,0%
Dominicanos	49.430	3,4%
Hondureños	47.927	3,3%
Mexicanos	41.942	2,9%
Venezolanos	40.981	2,8%
Peruanos	34.106	2,3%
Argentinos	25.134	1,7%
Guatemaltecos	24.292	1,7%

Fuente: U.S. Census Bureau, American Community Survey (2006).

Saskia Sassen (2000: 89-92), experta en temas de globalización, caracteriza a Miami como 'ciudad de funciones globales' y argumenta que las formas de expansión económica que experimentó esta urbe durante la década de 1990 trascendieron las operaciones de importación y exportación del original enclave de cubanos en la zona. Las dimensiones culturales de la economía global de Miami son descritas por Yúdice (2003), quien caracteriza la ciudad como la 'capital cultural de Latinoamérica' y afirma que —traduzco— 'la tendencia de unión de la cultura, particularmente la cultura latina, y la economía, fenómeno manifestado en la industria del entretenimiento, les brinda a los profesionales biculturales y bilingües en Miami mayores oportunidades que en cualquier otra ciudad estadounidense' (2003: 210).



No obstante, una vez en Miami los inmigrantes hispanos se enfrentan a una realidad sociocultural que no es la que se proyecta en muchas de las películas y los programas de televisión. Además de la necesidad de aprender y usar el inglés en muchos aspectos de la vida, existe el reto de establecer una nueva identidad como 'hispano' o 'latino' en una ciudad estadounidense cuya mayoría es de origen hispanoamericano y donde se habla español en todas partes, en el trabajo, en la calle, en la radio, en las tiendas, en los restaurantes, en los consultorios médicos y en el vecindario. Para algunos, el tema de la identidad miamense se vuelve difícil. Cada vez que un hispanohablante en Miami conoce a alguien fuera de su propia red social o su grupo étnico, se enfrenta a dos grandes retos. Primero, se le presenta el reto de superar los estereotipos o prejuicios, sean positivos o negativos, que se puede tener de alguien de otro grupo nacional, raza o clase social.

Al mismo tiempo, se pasa por un proceso de acomodación del habla, en que uno va ajustando las normas de su habla regional al habla del interlocutor, a saber: encontrar el pronombre de tratamiento personal más adecuado (*tú* si es caribeño, *usted* si es colombiano o ecuatoriano, *vos* si es de Centroamérica o del Cono Sur) y saber si uno está familiarizado con las conjugaciones correspondientes, ajustar las normas fonológicas (aspirar la /s/ más si es caribeño o menos si es de Centroamérica o Suramérica, neutralizar entonaciones muy distintivas, etc.) si se busca identificarse más con el interlocutor, evitar el uso de palabras y frases que pueden resultar ofensivas o ininteligibles para el interlocutor (por ejemplo: *guagua* o *jimagua* para quien no sea cubano, *papaya* para quien es cubano, *bicho* entre puertorriqueños, *coño* para quien no sea caribeño, *pileta* para quien no sea argentino, *coger* para el sudamericano en general, etc.), y negociar el código en términos de la posible integración de anglicismos, inserción de palabras del inglés y alternancia o no de las dos lenguas (español e inglés) en el discurso.

Este último fenómeno es de suma importancia si se trata de un interlocutor bilingüe que lleva muchos años en los Estados Unidos o que ha nacido en este país y tiene un dominio completo del inglés, o que incluso preferiría hablar en inglés. Vale la pena destacar que los mismos retos se le presentan a la persona que no es de origen hispano pero que habla español con fluidez, como es el caso del presente autor y de muchos otros que son hablantes nativos de inglés, portugués, criollo haitiano, francés u otra lengua común en Miami y que tienen el español como segunda lengua.

Para ilustrar el tipo de malentendidos que ocurren a diario entre hispanohablantes en Miami, ofrezco los siguientes ejemplos, parecidos al de Zentella (1990) más arriba. En una tienda de fotocopias, cuando un venezolano con poco conocimiento del inglés le preguntó al empleado si podía pagar en efectivo, el empleado —un cubano-americano de tercera generación que era dominante en inglés— le respondió que no, que en la tienda solo aceptaban *cash* (pronunciado [káč], como si fuera una palabra española) o tarjeta de crédito. En otra ocasión, el presente autor le dijo a un amigo cubano-americano de segunda generación que no encontraba donde estacionar el coche y que por eso había llegado tarde a una fiesta. El amigo preguntó: '¿Qué querías hacer con el carro? ¿Qué problema te-

nía?'. Al explicarle lo que quería decir, este exclamó: '¡Ah! Que no encontrabas dónde parquearlo'.

Hurtado (2002: 166) también observa ejemplos de este tipo entre colombianos en Miami, a saber:

> No *ando* dinero, hoy no *ando* dinero. Yo decía pero qué es esto. Es tanto tanto lo que uno escucha todos los días eso que un día alguien me preguntó y dije ay no, hoy no puedo hacer eso porque no *ando* dinero. Cuando me dice qué es lo que usted está diciendo, ay claro, caí en cuenta de que tanto escucharles a ellas uno termina hablando de la misma manera.

Hurtado afirma que 'aunque el grupo cubano es el que ostenta el poder económico y político, su influencia no ha podido trascender al campo lingüístico a pesar de que posee los medios de difusión necesarios para la propagación de su variedad: la respuesta del grupo de los no cubanos es de resistencia a la asimilación de las formas lingüísticas características de la variedad cubana' (p. 168). Según la perspectiva de Hurtado, la tendencia entre grupos no cubanos es a acomodar su habla 'a corto plazo' al tipo de interlocutor para evitar los malentendidos.

Bien puede ser que la continua inmigración de grupos de origen distinto impida la consolidación de una variedad propia del español en Miami y sirva para mantener el uso de variantes regionales dentro de este espacio urbano, tal como argumenta Hurtado (2002), quien agrega que las inmigraciones de personas de las clases media y alta, con más altos niveles de educación formal, contribuyen a la resistencia de variantes locales, particulares de Miami.

Entre los que nacen y se crían en Miami, el inglés constituye el código principal de interacción, sin importar los orígenes nacionales, e incluso muchos hispanos miamenses de segunda y tercera generación opinan que el inglés debe ser la lengua oficial de los Estados Unidos y la única lengua de instrucción formal para los niños hispanohablantes (Lynch y Klee, 2003). De hecho, el uso del inglés a veces sirve conscientemente para marcar la distancia social entre los hispanos 'americanos' —o al menos 'americanizados'— y los que acaban de llegar de algún país hispanoamericano o que llevan pocos años en Miami, es decir, el dominio del inglés es una muestra clara de la superioridad sociocultural en algunos contextos y situaciones. A modo de ejemplo, los estudiantes de ESOL (inglés para hablantes de otros idiomas) en muchas escuelas secundarias en Miami se mantienen socialmente segregados de los estudiantes que se han criado en este país, que se refieren a estos primeros como *refs* (forma abreviada de *refugees*, 'refugiados'). Además de la manera de vestir, la selección idiomática en las conversaciones con amigos y amigas sirve para diferenciar a los estudiantes en terreno sociocultural y para marcar los límites sociopsicológicos entre los dos grupos. Stepick, Grenier, Castro y Dunn (2003) han observado el mismo fenómeno entre inmigrantes haitianos y grupos afroamericanos en las escuelas secundarias de Miami.

Entre las generaciones nacidas en los Estados Unidos o criadas en este país, las diferencias de origen nacional y étnico comienzan a borrarse entre los hispanos de Miami, ya que estos se comunican casi siempre en inglés e incluso a veces ni siquiera saben de qué país ha inmigrado la familia de un amigo o una compañera de la escuela o del trabajo. Solo saben que es *hispana* pero no saben *de dónde*. Como bien indica Hurtado (2002: 160), 'el inglés es una lengua 'neutral'..., ya que se utiliza en interacciones grupales para no indicar la pertenencia a un grupo hispano específico, es decir, para señalar una neutralidad étnica'. Esta autora atribuye el uso del español entre hablantes de la segunda generación de colombianos principalmente a motivos instrumentales (por ejemplo, de necesidad práctica), puesto que, según ella, para algunos de estos ya 'no existen lazos que los vinculen con

el ser hispano o colombiano' (p. 162). Aparte de la dimensión instrumental, el español sigue teniendo un alto valor cultural para algunos hablantes de la tercera generación de cubanos en Miami, como he notado previamente (Lynch, 1999 y 2000).

En suma, hay que recalcar el alto valor de integración que tienen las lenguas inglesa y española en Miami, ya que cada una sirve no solo para marcar la identidad étnica y sociocultural de uno ('anglo-' y 'afroamericano' frente a 'hispano' o 'latino'), sino también para comunicar toda una serie de valores socioculturales y económicos entre los propios hispanos miamenses. Asimismo, el alto valor instrumental que tiene cada uno de estos idiomas en la vida pública y en las esferas locales y globales de la economía en Miami promueve la adquisición y uso tanto del inglés como del español. En los años venideros esta situación ha de mantenerse así.